

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.
 Numero suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 350 rs.

NUM. 386.—TOMO VIII.—LUNES 21 DE JULIO DE 1856.
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

| | |
|------------------------------------|--|
| Ilustracion y Novedades en Madrid. | Edicion grande. Mes 12. Tres 34. Seis 66. Año 130. |
| | Edicion pequena. 8. 22. 42. 80. |
| Idem en provincias. | Edicion grande. 20. 50. 95. 180. |
| | Edicion pequena. 12. 30. 56. 110. |

REVISTA UNIVERSAL.

Sucesos de actualidad. La semana anterior ha sido fecunda en sucesos. Por cuestiones suscitadas en el seno del gabinete entre los señores O'Donnell y Escosura, resultó la dimision de todos los ministros que fué admitida, menos la del Sr. O'Donnell que recibió encargo de otro nuevo. Lo formó quedándose él con la cartera de Guerra y la presidencia del Consejo, y nombrando para las otras á los Sres. Pastor Diaz, Rios Rosas, Lu-

quia en el reino de Grecia, habiendo ya muchos puntos en que las fuentes se han agotado por completo.
 —El ministro de Estado de Francia, conde de Walewsky, ha emprendido un viaje de recreo. Durante la ausencia, despacha su cartera el Sr. de Baroche.
 —La Cámara de los Comunes de Inglaterra ha desechado el voto de censura propuesto á causa de los reclutamientos en América, con una mayoría de 194 votos.
 —Los salteadores de caminos continúan haciendo sus correrías á mansalva por los estados pontificios.

—A fines de junio próximo pasado tuvo lugar en Berlin una grande emigracion, habiendo la policia espulsado de aquella capital á todas las mujeres públicas.
 —Al despedirse el legado del Sumo Pontifice, Cardenal Patrizi del emperador de los franceses, regalóle este una cruz preciosísima en diamantes.
 —El regimiento suizo, al servicio de Francia, se ha embarcado el dia 3 del corriente en Marsella con destino á la Argelia.
 —Los turcos han ocupado ya las islas de las Serpientes al frente de las bocas del Danubio, y restablecido la torre fanal.



EL PRÍNCIPE FEDERICO GUILLERMO, de Prusia.

—En Grecia se va ya dando fin con las bandas de ladrones que infestaron el país. Muchos de estos malhechores han sido ejecutados.
 —El rey de Baviera no ha tenido á bien el acceder á la peticion promovida por varios comerciantes de Munic, para crear en aquella capital un Establecimiento de crédito para industria, comercio y agricultura.
 —El *Moniteur* declara que la noticia dada por la prensa periódica, de que el emperador de los franceses tendrá una entrevista con el de Austria en Arcuener, carece de toda verdad.
 —La ciudad rusa Tarnograd (distrito Zamosc, gobierno de Lublin) ha sido devastada por un voraz incendio. Hasta 223 casas y otros 127 edificios han sido reducidas á ceniza.
 —El proyecto de ley relativo á declarar en Inglaterra hereditaria la dignidad de Par ha sido reprobado en la Cámara de los Comunes con 135 votos contra 133.
 —Las tropas suizas al servicio del gobierno inglés, estacionadas en Smirna, han recibido orden de embarcarse para regresar á Inglaterra.
 —Por cartas reciente recibidas del Cabo de Buena Esperanza, sábese, que hay graves síntomas de que los cafres van á romper de nuevo las hostilidades contra las tropas inglesas.
 —Parece que Balaklava ha sido ocupado por los rusos el dia 2 del corriente. La entrega de Kertsch tuvo lugar el dia 21 de junio. Los edificios destruidos en esta poblacion serán reedificados á cuenta del emperador de Rusia.
 —En Podgorizza (Albania turca) ha sido volada no ha mucho por una mina la Mezquita turca. Atribuyéndose este atentado á los cristianos, han sido las personas mas distinguidas de la poblacion griega conducidas á Scutarí.
 —Segun noticias fidedignas, el famoso Saidler, especulador inglés de mala fé, empresario de varias vias ferreas europeas, cuyo suicidio dió tanto que hablar, se encuentra sano y salvo en Luisiana (Estados Unidos de la América del Norte).
 —Con fecha 6 de julio participa el vice-almirante francés M. Pellion al ministro de la Guerra, desde Constantinopla, que la evacua-

cion de la Crimea por las tropas aliadas se ha verificado ya definitivamente, sucediendo lo propio con el material.

—Llama mucho la atención en el gran ducado de Toscana el reciente atentado contra la vida del ministro Baldasseroni, el adversario más pronunciado del Concordato con Roma y su presion de las leyes liberales leopoldinas.

—Yemen (Arabia feliz) se halla en su mayor parte en completa insurrección. La Puerta ha pedido por su representante Nazib-Bajá al Virey de Egipto cuatro regimientos para acompañar al nuevo gobernador general á Yemen.

—Sefer-Bajá se niega á regresar de la Circasia á Constantinopla, después de haber con 15,000 hombres de tropa regular obtenido una brillante victoria contra el Naib. Corren rumores que el caudillo turco será proclamado sucesor al trono de Naib.

—Leemos en un periódico suizo que el duque de Módena ha declarado en estado de sitio los pequeños principados Massa y Carrara, por haberse encontrado en varias poblaciones pasquines en los cuales se leía: «¡Viva Victor Emanuel!...»

—Hé aquí los candidatos para la presidencia de la república de los Estados-Unidos: del partido democrático lo es Buchanan, de los republicanos Fremont, de los Knownothings Fillmore, de los Knownothings Bolters Banks (menor), de los Knownothings-Sub-Bolters Stockton, y de los abolicionistas Smith.

—Dícese que Inglaterra será brillantemente representada en la coronación del emperador Alejandro. Propónense asistir á ella los hijos de la más encumbrada aristocracia inglesa y con un lujo deslumbrador. El *Times*, *M. Post* y *M. Chronicle* envían sus correspondientes á Moscú con un honorario de 200 francos al día.

—La cuestión que en los presentes momentos preocupa preferentemente los gabinetes europeos es la relativa á la Grecia. Asegúrase que dentro de poco se celebrarán conferencias en Londres para resolver definitivamente todos los puntos que tienen relación con ella. Ciertos preliminares han sido ya tratados por el embajador ruso francés y el gobierno británico.

—Parece que la comisión que se ocupa con la cuestión de límites, ha declarado que es de todo punto imposible rectificar debidamente la frontera rusa sin comprender en la parte que la Rusia ha de ceder á la Moldavia, la ciudad de Bolgrad. El gobierno ruso, como muy natural, nada quiere oír de una cesión de Bolgrad.

—La contestación que la emperatriz viuda de Rusia ha dirigido al ayuntamiento de Stuttgart, ha encantado por su contenido á todos los habitantes de aquella capital. Dice entre otras cosas en la misma: «¿Cómo no he de amar yo de todo mi corazón un país en que mi hija ha encontrado al lado de su augusto esposo el príncipe heredero, el colmo de su dicha terrenal?»

—El lunes 7 de julio trasladóse la reina Victoria al campamento de Aldershot, en donde permaneció hasta el día siguiente con objeto de revistar los regimientos de la guardia que habían regresado de la Crimea. La entrada de estos beneméritos cuerpos en Londres debe haber tenido lugar aun en aquella misma semana.

Religion. La clausura del Sínodo episcopal que principió sus sesiones el día 9 de abril próximo pasado, se ha verificado el 17 de junio con una función religiosa muy solemne en la catedral de San Estéban, después de la cual concurrieron al palacio del nuncio de Su Santidad el cardenal Viale Praela, todos los altos dignatarios eclesiásticos para una comida de despedida. El siguiente día fueron recibidos en audiencia del emperador, el cual les dió la más completa seguridad de que el Concordato celebrado con Roma tendría el más debido cumplimiento. Parte de los príncipes de la iglesia permanecerán en Viena hasta el próximo alumbramiento de la emperatriz. Dícese que el cardenal arzobispo de Viena pasará á la capital del orbe católico, para presentar á la aprobación del Santo Padre las bases acordadas para asegurar la aplicación más uniforme y cabal del Concordato, y recibir al propio tiempo la púrpura cardenalicia de manos de Su Santidad.

—A cuenta del célebre banquero Oppenheim de Colonia, se construye en aquella ciudad, para la población israelita, una sinagoga en estilo morisco-bizantino.

—Para la restauración de la catedral católica en Francfort sobre el Mein, han contribuido el emperador de Austria y su augusta esposa con 2,000 florines.

—El obispo de la diócesis de Neutra, en Hungría, Emerico de Palugyay, ha destinado de los recursos propios suyos la cantidad de 100,000 florines (unos 800,000 rs.) para la construcción y establecimiento de una casa materna de hermanas de la Caridad, que bajo todos los conceptos será, según se oye, obra digna de tan esclarecido prelado.

Instrucción pública. A propuesta de un comité del cantón de Ginebra se creará en la escuela politécnica federal de Zurich una cátedra de agricultura teórico-práctica.

—El establecimiento de instrucción conocido bajo el nombre de *Alma viadrina*, fundado en Francfort sobre el Over año de 1806 por el príncipe palatino Joaquín I en 1811, trasladado á Bresland é incorporado á la universidad leopoldina en aquella capital, ha celebrado el día 21 de junio último el aniversario 350 de su existencia.

—La asamblea 32 de naturalistas y profesores en medicina alemanes se verificará en el presente año en Viena, celebrando sus sesiones desde el 17 hasta el 22 de setiembre. La asamblea se dividirá en las secciones siguientes:

1.º Mineralogía, geognosia y paleontología; 2.º Botánica y fisiología vegetal; 3.º zoología y anatomía comparativa; 4.º Física; 5.º Química; 6.º Geografía y meteorología; 7.º Matemáticas y astronomía; 8.º Anatomía y fisiología; 9.º Medicina; 10.º Cirujía, oftalmología y obstetricia.

—El emperador de Rusia ha enviado una comisión compuesta de los más notables pedagogos de su imperio á Alemania, para que sus individuos examinen y estudien con todo detenimiento los establecimientos de instrucción pública.

Jurisprudencia y administración. El editor responsable del periódico revolucionario belga *La Nation*, ha sido declarado el 17 de junio último por el jurado respectivo de Bruselas culpable en la causa que se le formó por un artículo altamente ofensivo, inserto en su diario, contra la duquesa de Brabante. El tribunal superior condenó á la pena de dos años de reclusión y una multa de 2,000 francos. La duquesa á su vez pone en movimiento todas sus influencias á fin de que sea perdonado su detractor.

—La cámara alta inglesa ha reprobado nuevamente en su

sesión del 23 de junio el *bill* que debía haber abierto á los judíos las puertas de la cámara de los comunes. El proyecto de ley ha sido pues ya por la séptima vez rechazado por 101 contra 78 votos.

—La princesa rusa Mickeladse establecida en Kutais, ha sido sentenciada á veinte años de trabajos forzados en las minas de la Siberia, por haber hecho asesinar á su consorte por tres hombres, con uno de los cuales vivía en trato ilícito. Su hijo el príncipe Asslan Mickeladse, que ape as cuenta 14 años de edad, ha sido sentenciado como cómplice en el asesinato á servir como soldado raso en un regimiento de línea, con pérdida de su título y derecho civil.

Economía política. Acerca de la conferencia celebrada en Viena para plantear un sistema monetario uniforme para todos los Estados que constituyen la Confederación Germánica, sábase que á propuesta del reino de Baviera se adoptará acaso definitivamente el sistema francés. Se acuñarán pues, de un marco de plata fina 24 florines bajo el pié austriaco, 13 duros y $\frac{1}{2}$, bajo el pié norte-alemán y $26\frac{1}{2}$, bajo el Sudoeste alemán; lo que vendría á importar unos $52\frac{1}{2}$ francos franceses. Un duro prusiano tendría entonces un florin 36 creutzers, dos florines de moneda del Rhin, y cuatro francos franceses; un florin austriaco = $\frac{1}{2}$ duros prusianos, = un florin rhiniano, = $2\frac{1}{2}$ francos franceses; un florin rhiniano = dos francos franceses, = 48 creutzers austriacos, = $\frac{1}{2}$ duro prusiano, 24 creutzers austriacos y 40 creutzers rhinianos. Es decir, que la Prusia habría en este caso abstraído de su sistema decimal. En lugar del duro doble de hoy día se acuñaría una moneda de plata inferior en tamaño, valor de un duro y $\frac{1}{2}$ prusiano, dos florines 24 creutzers austriacos, tres florines rhinianos y seis francos franceses; en lugar del luis de oro y ducado de ahora una moneda de oro valor de seis duros y $\frac{1}{2}$, 10 florines austriacos, 12 florines con 30 creutzers rhinianos y 25 francos.

—Las Cámaras del reino de Baviera se han ocupado últimamente con extraordinario calor en cuanto atañe al estado financiero del país, y la cuestión del déficit que resulta en el presupuesto general, ha sido tan favorablemente resuelta, que hasta se presenta por fin todavía un excedente á favor del Tesoro nacional.

—A pesar de cuanto se había dicho en contra, acaban ambas Cámaras del reino de Hannover de aprobar el aumento de los sueldos de los ministros de la Corona de 4,000 á 6,000 duros, aumento que ellos de su propia autoridad habían decretado.

—También de motu propio han subido los ministros del reino de Wurtemberg sus respectivos sueldos de 5,000 á 10,000 florines, lo cual es altamente censurado en todo aquel país.

Industria. La muy nombrada fábrica de porcelana de Nymphemburg, en Baviera, dejará de ser un establecimiento puramente artístico, y así se fabricarán de hoy en adelante más bien objetos para el despacho común.

—En Berlín y Kosen se fabrica en el día papel de escribir que permite la inmediata eliminación de la tinta.

—Para los gastos de la exposición de la industria suiza, que debe tener lugar el año próximo venidero, abrirá la Asamblea federal un crédito de 30,000 francos.

—Háse organizado en Londres una compañía para de sustancias enteramente nuevas confeccionar papel bien barato. Se explotará al efecto preferentemente las fibras ó hebras de los plátanos, de cuyo material la Jamaica y la Guyana inglesa solas pueden suministrar, á lo que se dice, de 500,000 á 700,000 balas de á tres quintales cada una. En estos países cultivase este árbol solamente por su esquisito fruto. Dado este, perece luego la planta; pero como en el tronco y parte de la hoja existe un tejido fibroso, es explotado para la fabricación de tejidos, para vestidos y para la confección de papel. Esta especie de pita parece no ceder en nada á la fuerza y consistencia del mejor cáñamo ruso, y siendo tan extraordinariamente abundante, se prometen los empresarios ganancias de consideración.

—Los establecimientos manufactureros de Lyon no hallan brazos para dar abasto á los numerosos pedidos que han recibido, tanto del extranjero como del interior del imperio. Unos quince comisionistas de París se llevaron últimamente todas las existencias almacenadas en Lyon.

—Un fabricante de armas de fuego de Frauenfeld, capital del cantón de Turgovia en Suiza, acaba de construir un par de pistolas de arzon con las cuales se tira con igual certeza como con una carabina, á una distancia de 720 piés, y aun á los 1,000 resulta todavía una puntería bastante certera.

Comercio. Es enteramente falso el rumor que se había propagado de que el gobierno prusiano se oponía á una inmediata rebaja en los derechos que hasta ahora adeudaban los hierros. Tampoco es verdad que la Prusia es contraria á que se establezca un derecho mercantil general para todos los Estados de la Confederación Germánica; por el contrario, el rey ha cometido al consejero de justicia Bischoff el trabajo de formular el proyecto para tamaño código, sirviéndose al efecto de los trabajos preparatorios de la comisión económica rural del Parlamento de Francfort.

—Escriben de Veracruz con fecha 2 de junio próximo pasado que las quiebras de mala fé se sucedían en aquel hondadamente desquiciado país sin interrupción, y que las firmas más acreditadas en otros tiempos daban punto á los negocios.

—Según noticias contestes, los auspicios para la próxima cosecha de cereales son para la mayor parte de los países de Europa buenos, y excelentes para la de los Estados-Unidos. A pesar de haber tenido lugar últimamente exportaciones de alguna cuantía desde varios puertos de Inglaterra, y escasos los arribos procedentes del Norte-América, hubo sin embargo en la primera semana de julio alguna reacción en la subida que en la anterior habían experimentado los precios respectivos. En Francia la baja tomó en el propio período un incremento algo más pronunciado, para de allí á pocos días volverse á encalmar, y aun subió de nuevo el precio de las harinas, efecto de las reducidas existencias. Desde principios del corriente mes el tiempo no pudo ser más favorable para la cosecha en casi todos los departamentos del vecino imperio; de aquí que los pedidos franceses hechos á Munich y otros grandes mercados de Alemania han cesado.

—Siguen recibiéndose noticias de Marsella acerca del no interrumpido arribo de cuantiosos cargamentos de granos á aquel puerto.

Noticias militares. Bajo el epígrafe *Cartas militares de Prusia*, publica la *Gaceta militar de Viena* una serie de ar-

tículos relativos al ejército prusiano en general; y al tratar el autor de las recientes disposiciones dictadas por el ministro de la Guerra, cita la de haber este jefe superior dado mayor énfasis á las comisiones de oficiales que deben marchar al extranjero con objeto de ampliar los conocimientos respectivos, é indagar y reconocer los adelantos y las mejoras en el arte y ciencia de la guerra. «El envío de estas comisiones, jeros resultados, tan óptimos frutos para el ejército prusiano, dice el autor de las cartas anunciadas, ha producido tan buenas que el ministro de la Guerra ha tenido á bien dictar disposiciones para el mayor desarrollo de tan eficaz elemento de instrucción. La liberalidad y grande solicitud con que el gobierno de las comisiones en cuestión, hace muchos años ya al ramo de impulso á otras naciones.

—Los miembros del Consejo de Estado turco no-musulmanes, se han pronunciado contra la sustitución militar y á favor de la leva de 16,000 soldados rajahs, todo lo cual parece muy prudente.

—Mientras que la Cámara de diputados del reino de Baviera propone una rebaja en el presupuesto de la guerra de 1,269,000 florines, admite la Cámara alta tan solo una reducción de 347,700 florines.

—Grandes son los preparativos que se están haciendo en Londres para festejar dignamente el regreso de los regimientos de la guardia y de línea procedentes de Crimea.

—Con la grande solicitud que despliega el gobierno ruso en explotar los progresos de los tiempos modernos, los relativos al arte y ciencia de la guerra son preferentemente tomados en consideración. De aquí el envío de muchas comisiones compuestas de oficiales y jefes que marchan al extranjero para estudiar los adelantos en los diferentes institutos de los ejércitos sobre todo en cuanto concierne al ramo de las escuelas de línea.

Navegación. Acaba de celebrarse un tratado de navegación entre el rey de Nápoles y el de Piamonte.

—El día 17 de junio próximo pasado pasó el primer buque mercante norte-americano el *Sund* después de haber ya explorado el tiempo del último tratado de navegación entre Dinamarca y la república de los Estados de la Union. El capitán Gellersen, que venia con el de Cronstadt, ha pagado en Helsingor la protesta el peaje exigido.

—Los periódicos del Norte-América dan cuenta de un nuevo siniestro marítimo: Hallándose el navío *Pallas* navegando de Nueva-York á Québec, naufragó sobre el arrecife de San Pablo. Los pasajeros, en número de 120, precipitaronse llenos de pavor dentro de los botes, y sumergiéndose estos, perecieron hasta 72 personas.

—En los astilleros de Scott Russel constrúyese á la sazón un vapor que se denominará *Great Eastern* y será el *Leviathan* de todos los buques conocidos hasta ahora, por sus colosales dimensiones. Tiene una longitud de 692 piés; de consiguiente 192 piés más que la catedral de Colonia. La anchura máxima es de 114 piés, es decir solo 47 menos que dicho templo. En dirección longitudinal hállase el casco del vapor subdividido por dos paredes de 350 piés de largo, de manera que cada uno de los compartimientos constituye un hotel ó fonda enteramente independiente con hermosos salones, dormitorios, cocinas etc. El vapor está calculado para 800 pasajeros de primera, 2,000 de segunda clase y 1,200 de sobre cubierta, lo que da un total, sin incluir los marineros y demás dependientes, de 4,000 individuos. Esta población flotante es puesta en movimiento á favor de tornillo, ruedas de paleta y vela. Hay á bordo del mismo una fábrica propia de gas, de manera que todas las localidades estarán perfectamente iluminadas, mientras que sobre la estrechura del palo mayor se colocará una luz eléctrica.

Cominos de hierro. Giovanni Morino de Turin ha hecho una invención de extraordinaria importancia para vencer las subidas en las vías férreas. Varios estados europeos han espedito ya al Sr. Morino la correspondiente patente de invención.

—Procedente del cantón de Vales, en Suiza, ha llegado ya há mucho á Turin una comisión para tratar con el gobierno sardo acerca de la vía férrea que debe pasar por el Simplon y poner en contacto el Lago Mayor con la Suiza y con la Francia.

—El cuerpo legislador francés ha sancionado las concesiones del ferro-carril que une directamente á Grenoble con Lyon y Valence y los que constituyen la red de los Pirineos.

—El día 7 del presente ha sido inaugurada la pequeña sección de vía férrea de París á Nogent *Sur Marne*.

—Según leemos en el *Corresponsal austriaco*, contribuye la ciudad de Génova con 15 millones, y con 10 el gobierno de Cerdeña para llevar á cabo las obras del grande túnel que ha de dar paso á los Alpes á la vía férrea suizo-italiana. Los restantes 45 millones que faltan aún se buscarán espidiendo acciones en el Tesino, en Piamonte y en Francia.

Telégrafos. En los Estados-Unidos del Norte-América ha comprado una compañía de capitalistas en la cantidad de 125,000 dollars (1 dollar 20 rs. y 20 mrs.) de un tal Hughes su patente de invención de un nuevo sistema de telegrafía que permite la expedición de un despacho telegráfico de 20 á 25,000 letras á una distancia de 1,000 á 1,500 millas inglesas en una hora próximamente.

—Después de haber sido el celebrísimo envenenador Palmer sentenciado, envió el embajador sardo en Londres á su gobierno el siguiente parte telegráfico: *Palm. comdamné á mort, sera pendu á Rugeley.* El empleado del telégrafo en Turin al transmitir el despacho oficial al ministro Cavour, á quien venia dirigido, completó el nombre abreviado de *Palm*, poniendo en lugar de *Palmer*. Cavour riendo muy de veras de esta equivocación *ó quid pro quo*, deja el despacho abierto sobre su bufete, y hé aquí que en pocos minutos cundió la noticia de que los ingleses iban á ejecutar á su primer ministro por toda la capital, y aún llegó á oídos del rey Victor Emanuel. Cavour lo supo por boca de su soberano, y no costó poco para rectificar el falso rumor que se había esparcido con la rapidez del rayo por Turin.

Invencciones y descubrimientos. El profesor de física Pouillet, ha explotado la fotografía para la preparación de un instrumento, que denomina *actinógrafo* (irradiador), instrumento que designa los espacios de tiempo en los que el sol durante todo el día no se ha encontrado cubierto por nubes.

—Dos químicos alemanes, á saber, el profesor baron de Liebig en Munich y el doctor Julio Lowe en Francfort sobre el Mein, participan simultáneamente en varios periódicos cientí-

Así, una granja se convirtió en manufactura, á esta sucedió la enseñanza y el culto de lo bello; de manera que el palacio puede en cierto modo resumir la marcha de la sociedad. En tiempo de Buonvicino se alzaba en este sitio un monasterio con la arquitectura austera de la época, y una iglesia gótica, revestida exteriormente de un mosaico negro y blanco. En los dos campos laterales se veía en un bajo-relieve, á un lado á San Roque, muerto pocos años hacia, despues de una vida consagrada al servicio de los atacados por la peste, por lo cual se le reverenciaba como protector contra el contagio, entonces tan frecuente; al otro, la colosal figura de San Cristóbal con el niño Jesús á caballo en su hombro. En medio había una puerta cuyo arquitrave era formado por haces y columnitas cortadas en espirales y rodeadas de flores, arabescos y pájaros esculpidos en la piedra. Encima se dibujaba un ángulo agudo que soportaba una pequeña terraza sostenida por dos columnas de pórfido, que descansaban sobre dos grifos con las alas extendidas. Esta terraza era el púlpito desde el cual predicaban los frailes en los días festivos al pueblo reunido en el recinto sagrado á la sombra de un olmo secular.

Hay momentos en que nuestra alma se ve como forzada á meditar acerca de todos los objetos que hieren nuestros sentidos. Las cosas que habíamos visto cien veces con indiferencia nos sorprenden en este instante. Cuatro veces había pasado Buonvicino por esta plaza, delante de esta iglesia sin hacer mas que inclinarse como ante un lugar sagrado!

Ahora se para, mira á la puerta lateral de la iglesia que daba al convento, y lee esta inscripción: *In loco isto dabo pacem*, en este lugar daré la paz. ¡La paz! ¿no la había perdido él? ¿no la buscaba? ¿hay cosa mas dulce que un momento de

la institución de los umiliati. Los que admiran hoy en este palacio las obras capitales de los maestros antiguos y de los modernos, podrian figurarse con dificultad suma esas toscas pinturas, largas, sin movimiento, sin sombras, sin fondo ni perspectiva. Adivinar lo que significaban aquellas composiciones no hubiera sido fácil, si versos tan groseros como las pinturas no hubieran ayudado á descifrarlas. A la derecha había ruinas de casas y murallas de iglesias, y la palabra Milan indicaba que las ruinas eran las de la ciudad, cuando Barbaroja la había devastado con sus confederados, muchos de ellos italianos. Algunos caballeros de rodillas y en traje de luto representaban á los de Milan, que hicieron voto, segun la tradicion, si se libertaba la patria y se alzaba de su abatimiento, de reunirse para hacer penitencia. Así lo declaraba la inscripción siguiente, verificada, á lo menos en la intencion del autor:

*Come divoto Mediolano du Barbarossa cum la mano
Li militi se botano á Maria, ke laudatu sia.*

Despues de la destruccion de Milan por Barbaroja y su gente, Los soldados se consagran á Maria que alabada sea.

Al lado opuesto se habían figurado casas terminadas ó próximas á terminarse, para representar á Milan reedificada por la fraternidad de todos los ciudadanos. Una docena de damas y caballeros se dirigian á la iglesia, cargados con sus riquezas. Encima de esta iglesia y en nubes que parecían balas de algodón, aparecía la Virgen, y la inscripción decia:

*Questi sonno li militi umiliati quali in ipsa civitati
Solvono li voti sinceri. Dicette un Ave, jo passagieri!*

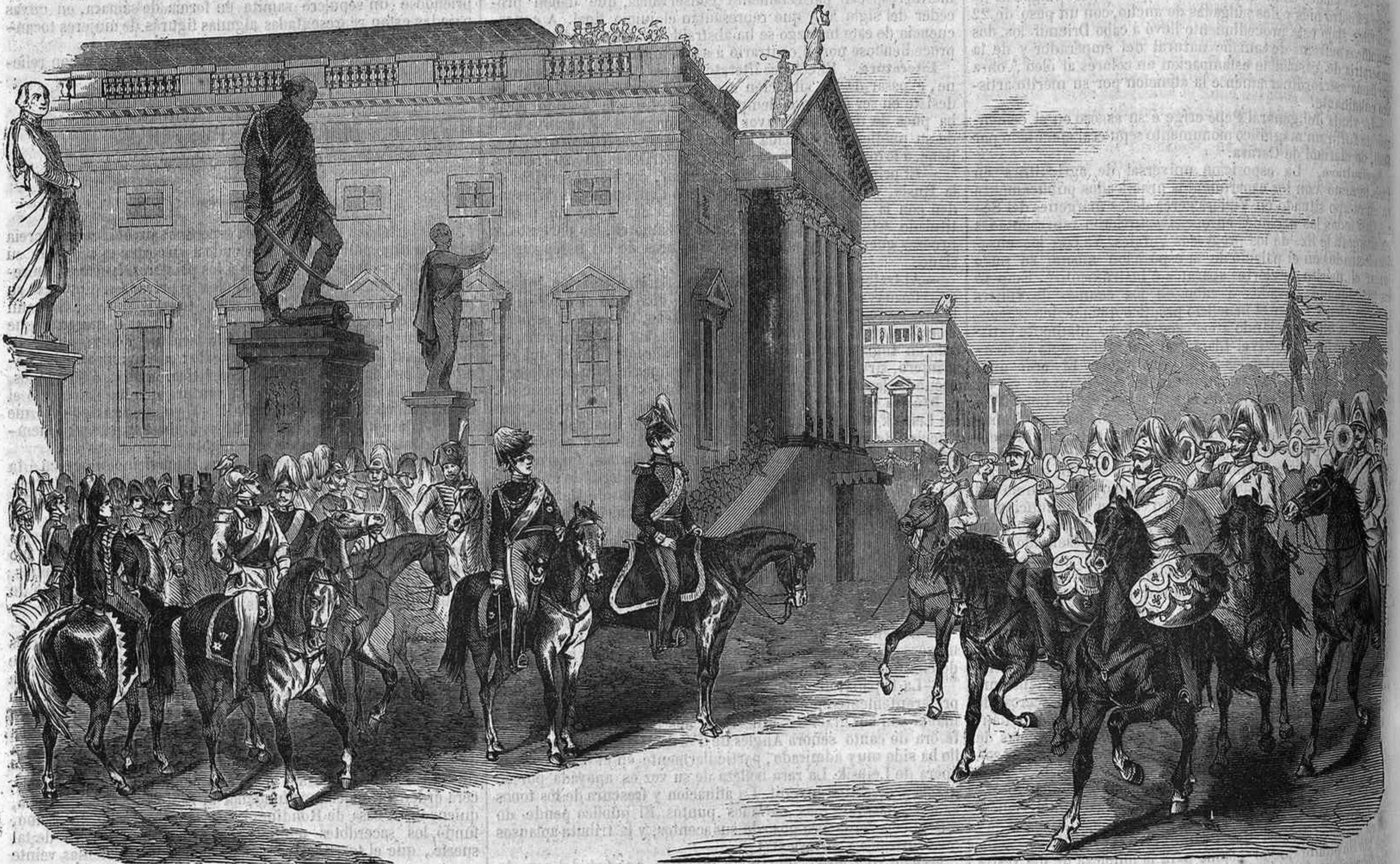
Estos son los soldados umiliati que en esta ciudad Cumplen votos sinceros. Decid un Ave, jo pasajeros!

en tal día en el templo de Jerusalem, mientras que espiraba su Criador. Los padres entonaban las Lamentaciones de Jeremias, y la narracion simple y práctica de la muerte del Cristo.

Buonvicino entró á tientas, y encontró junto á una columna, cual había esculpida la efie del personaje que encerraba, sobre el dillóse delante de esta tumba, que era la sepultura de Bertrando, primer gran maestre de los umiliati, muerto en 1257. Buonvicino apoyó su frente en la piedra sepulcral, vertiendo abundantes lágrimas. Una tierna piedad se apoderó de su espíritu. Meditando en la pasión de Jesús, el sentimiento de un dolor comun se había sustituido en su alma al de sus propios pesares, goce mundano no termina por el fastidio y la melancolía. ¡Qué al contrario, á la austeridad de la Cuaresma sucederá el Alacitadito!

Buonvicino sintió conmovido su corazón, resolvió dejar el mundo. Por la tarde solicitó ser recibido como novicio, y poco tiempo despues profesó y tomó el hábito. La congregacion se congratuló con recibir en su seno una persona tan distinguida. La sorpresa fué grande en el mundo. Los buenos bendijeron al Sr.: Buonvicino fué mas querido por sus amigos y respetado por sus superiores; y hasta los malos confesaban su mérito y sus virtudes.

Durante algun tiempo, gozando de la paz en el Señor se dedicó al cumplimiento de los deberes de su nuevo estado; despues resolvió hacerse sacerdote. Para ejercitar su paciencia é instruirse, se puso á trascribir la Biblia. ¡Qué pasto para su inteligencia y su corazón! Además de las verdades divinas que el



Gran parada en Berlin, en obsequio del Emperador Alejandro II.

calma despues de una borrasca? ¿por qué dejaria de entrar en el recinto que la prometia?

Entró. El convento, cualesquiera que sea la opinion que se tenga de la vida ascética, era un refugio buscado por el hombre abrumado de dolor. Su piadoso reposo, su silencio, su desprecio de las cosas mundanas, los asemejaban á islas de salvacion en medio de un mar tempestuoso, y el corazón, agitado por la fortuna (la palabra que encubre la deslealtad, la ingratitude, la improbidad de los hombres), buscaba allí y hallaba á veces el bálsamo del olvido. Entre los raros sucesos de mi vida, los ocho días que quise pasar en un monasterio, no me salieron de la cabeza. La situación del convento bajo un cielo incomparable, realzado por la vista de la fecunda riqueza de los valles y de las montañas, contribuyó sin duda á devolverme la tranquilidad que había venido á buscar en el claustro. Pero bajo aquellos púlpitos silenciosos, en aquellos claustros perdidos, poblados de seres diferentes en apariencia de los que vemos en el mundo, Dante Alighieri se presentaba frecuentemente á mi imaginación, cuando errante como yo, habiendo abandonado los mas queridos objetos, como yo mismo, indispuerto contra su patria y sus compañeros de infortunio, se sentó para meditar en un claustro de la diócesis de Luni. Viéndolo un fraile inmóvil, absorto en honda meditacion, se acercó y le dijo:

—¿Qué buscáis, buen hombre?

El respondió:

—La paz!

Este deseo llevó á Buonvicino al vestibulo, adonde acudian los pobres por la sopa que se les distribuía todos los días al mediodía. En las paredes se veía la historia fabulosa ó fingida

de estas toscas pinturas y rudas poesías no chocaban á Buonvicino, poco habituado á cosas mejores. Aunque Dante y Giotto, padres de la poesía y de la pintura, habían ya venido al mundo, aunque los cantos del primero fueran leídos y comentados en Lombardia al paso que Giotto había pintado para la corte de Azone Visconti, el gusto no se hallaba estendido.

Además, los asuntos que representaban respondían á la situación de Buonvicino, que se sumergió en honda meditacion. El portero Angel Gabriel de Concorrezzo le dijo acercándose: ¡El Señor os bendiga! Buonvicino entró en un patio; un pozo abierto en el centro tenia alrededor suyo el *agnus castus*, árbol que se veía en muchos claustros, porque se le atribuía la propiedad de mantener intacto el voto de castidad.

Todo era paz allí. Numerosas cortinas tendidas en las vastas salas convidaban al recogimiento. Veíase de vez en cuando algun fraile con la túnica y la capucha blancas, una cuerda á la cintura, las sandalias en los pies, y el rostro lleno de la tristeza grave que convenia con este día de luto universal. Ellos estaban acostumbrados á ver á los forasteros recorriendo su morada; no alababan sus bellezas, ni temian ni preguntaban nada. Cuando pasaban junto á Buonvicino, decian: *Pax vobis*, y continuaban su camino.

Este conjunto producía en el alma de Buonvicino el efecto que un apacible céfiro en las olas de un lago agitado. Vagaba por el recinto perdido en sus reflexiones; pero sus pasos se calmaban y revelaban que la paz penetraba en su pecho gradualmente. Guiado por el sonido de una lúgubre melodía, llegó á la iglesia. El templo estaba sumido en la oscuridad: un murmullo de oraciones pronunciadas por los fieles perdidos en las tinieblas recordaba los espíritus angélicos que gimieron invisibles

libro le revelaba, ¿cómo aliviaba sus sufrimientos y confortaba su espíritu!

Largo tiempo vivió separado del mundo. Comenzó á salir para predicar y llamó la atención, no tanto por su elocuencia como por su bondad paternal. Con preferencia se dirigía al pueblo, y sobre todo á los del campo. «Al pueblo ha hablado Jesús, y en el pueblo ha escogido sus discípulos, primicias de la Iglesia.» A los ignorantes les enseñaba la igualdad original de los hombres y su comun destino: señalaba nuestro punto de partida y el puerto adonde vamos á parar. El tema constante de su predicacion eran los deberes de los padres y los hijos de su predicacion eran los deberes de los padres y los hijos entre sí, los de los esposos, los de los trabajadores. Pronto pasó por un santo; sin embargo, no había ido en peregrinacion ni al monte Gargano, ni á Romo ni á la Tierra Santa; jamás había hecho esos milagros de que tanto se abusaba entonces; pero obraba uno mas insigne, el de mejorar á los hombres con sus palabras, y lo que vale mas, con su ejemplo. Trató de poner remedio á sus querellas, tan frecuente, entre aquellas generaciones groseras, y obtuvo conversiones maravillosas. Muchas podria referir si el lector no me preguntara si esta novela es la leyenda de los santos; solo diré que una vez un miembro de la familia de los Bossi, y otro de la de los Azzati, notables plebeyos, vinieron de las palabras á los hechos; en pos de ellos muchos hombres se disponian á tomar partido, y todo anunciaba una sangrienta pelea.

Es menester llamar á fray Buonvicino, dijo un testigo prudente; fueron á buscarlo, acudió, procuró calmar la irritacion recordando las promesas y amenazas del Cristo, que quiere que seamos, como él, humildes de corazón. Pero el Bossi, que era el mas intratable de los dos, cegado por la cólera, se dirigió

contra el fraile, blasfemando de las cosas sagradas, y llegó á golpearlo. Pegar á un religioso era juzgado un sacrilegio, y muchos circunstantes retrocedieron aterrados, al paso que otros se aprestaban á la venganza.

Buonvicino, recordando su vida antigua, rechazó al enemigo, lo derribó al suelo, y levantaba el puño, cuando su enojo se calmó de repente. Volvió en sí, y suspiró viendo que prevalecían en él los hábitos de su juventud. Levantó al temerario, se arrojó ante él, y con humildad sincera y generosa le dijo:

—Perdonadme; yo no sabía lo que hacía.

Esta piedad conmovió al violento Bossi, quien, echándose á los pies del ofendido, le pidió perdón en alta voz. Luego, dócil á la voz de su conciencia, fué modelo de virtudes cristianas.

La fama de Buonvicino se extendió rápidamente en Milan. En aquel tiempo en que todo era cólera y facciones en la iglesia, en las plazas públicas, en los conventos y en los campos de batalla, cada partido quería alistar al fraile en sus banderas. Disputaban entonces los teólogos con mucho ardor si la gloria del Monte Tabor era creada ó increada, si el pan que comía Jesús y la túnica que lo cubría le pertenecían en propiedad, ó solo en usufructo; si los ángeles y los santos gozaban de la visión beatífica de la divinidad, ó si se hallaban bajo la protección de la humanidad del Cristo hasta el día del juicio. Pero Buonvicino respondía cada vez que lo querían hacer decir entre el doctor Angélico, el doctor Sutil y el doctor Singular,

de la criatura lo apartara del pensamiento del Criador; una esperanza lo lisonjaba, la de que sus expiaciones atraerian sobre la cabeza de Margarita una larga serie de dias felices. Sus esperanzas no debian realizarse; la verdadera dicha germina raras veces ó nunca en este suelo.

Cuando tuvo confianza en sí mismo fué al palacio de Margarita.

Con un corazon muy diferente pasó el puente, subió la escalera y entró en el memorable salon, donde halló á Margarita jugando con Venturino.

¡Qué momento para aquellos dos corazones! Pero ambos se presentaban con la fortaleza que da una resolucion virtuosa. El habló de Dios y de la fragilidad humana; recordó lo pasado ligeramente, y le pidió perdón; en seguida sacó de la cintura su rosario de granos de cedro con incrustaciones de nácar, y se lo dió á Margarita, diciéndole: «Recibid este rosario como memoria mia, y ¡ojalá que un dia os sirva de consuelo! ¡Rezando vuestras oraciones, rogad á Dios por un pecador!»

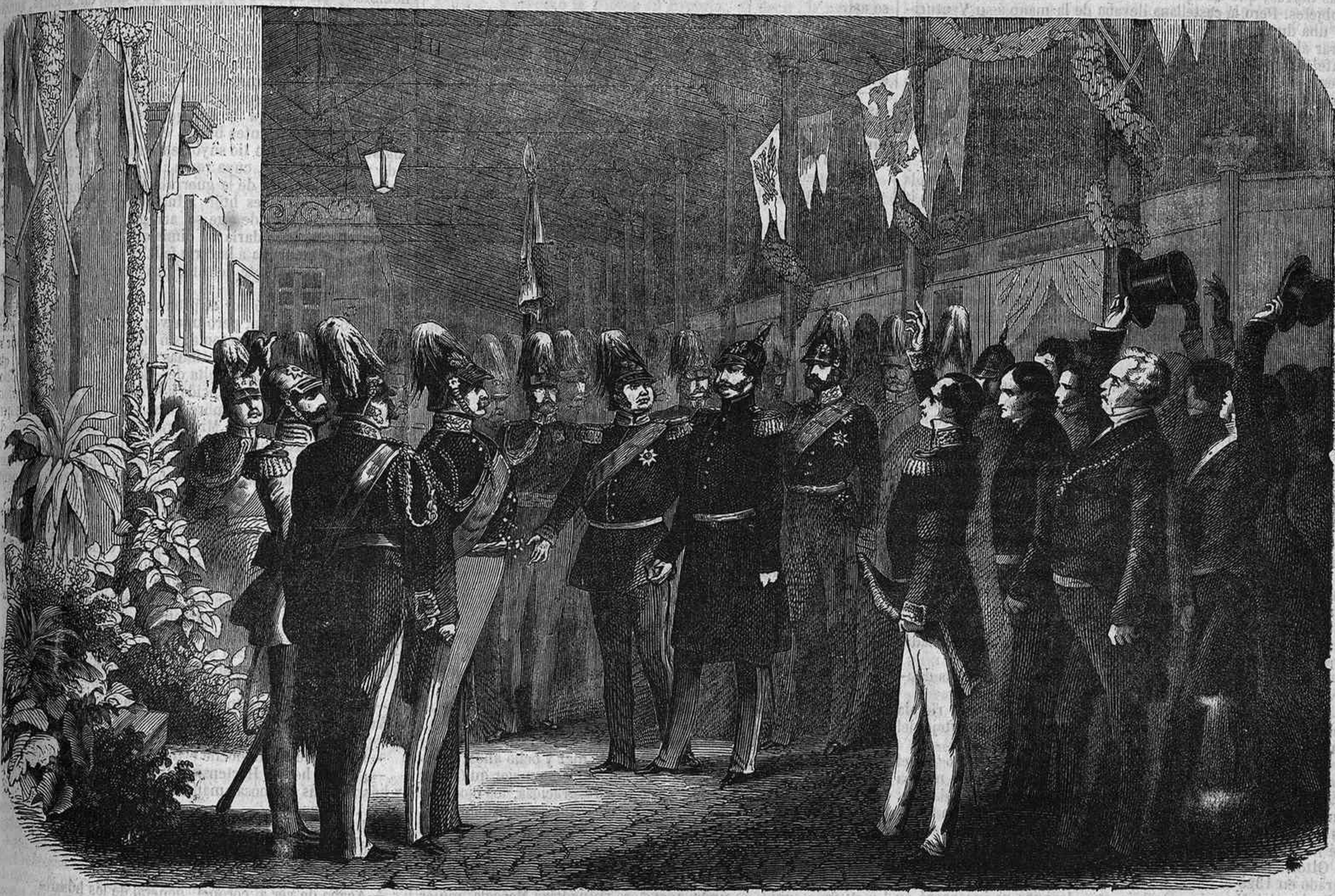
Estas palabras y este don hicieron brotar las lágrimas de los dos amantes.

Margarita besó el rosario que tenia para ella un carácter sagrado, mientras que adivinaba que su nombre habia debido presentarse muchas veces á Buonvicino en el período de este largo trabajo.

Este rosario y la cruz que lo terminaba, debian mezclarse, ¡y de qué modo! á las aventuras de la desgraciada.

Este palacio, tal como hoy existe, ha sido reedificado por los Sres. Crivelli en el siglo último. A fines de esa época se hizo célebre, cuando el jóven Bonaparte, habiendo pasado los Alpes para subyugar la Lombardia, con el pretexto de darle la libertad fijó su cuartel general en el palacio. Allí al rededor del héroe, hijo de la libertad, á quien suponian dispuesto á fundar el reino de su madre, al paso que solo imaginaba cómo heredarla, los diputados de las repúblicas improvisadas de Italia acudian á felicitarlo de todas partes. El poder de las armas habia restringido el número de sus acciones libres y aumentando el de sus obligaciones; pero con la libertad de pagar impuestos exorbitantes; él les habia concedido el de plantar un árbol en sus plazas, en torno del cual podian danzar, reír y cantar, hasta que le acomodase á algun oficial de mal humor el imponerles silencio. Bonaparte se mofaba en su villa de estas demostraciones, se burlaba de la sinceridad de los pocos, y se servia de la astucia de la mayoría; entretanto negociaba con Venecia, y se disponia á subir al trono, cuyo camino le abrieron aquellos que despues de haber derribado una dinastía, habian anunciado al mundo el fin de los reyes, la era de la igualdad y de la libertad.

No te asustes, benévolo lector, no temas que trace el cuadro de las vicisitudes que llevaron la Italia de la tiranía de los Visconti al despotismo de Napoleon. Si lo he mencionado, es por una de esas digresiones tan frecuentes en nuestra narración, provocada además por el palacio de que tenemos que hablar. Poco ántes de la época que nos ocupa, los Pusterla habian



Recibimiento del Emperador de Rusia A'ejandro II, en el embarcadero del camino de hierro de Potsdam, en Berlin.

que Dios no es el Dios de las disputas, que queria estudiar la religion para tributarle un homenaje razonado, y no para introducir la soberbia de la ciencia humana en las cosas que todos los partidos lo condenaron, llamándolo cristiano pusilánime y ciego creyente. No contestó; perseveró en su conducta, y como sucede siempre, todos los partidos lo respetaron tardíamente.

Pero lo que él sabia por haber estudiado los vicios de la ciudad entre los grandes y los pequeños, era qué remedios debian emplearse. La libertad, perdida por la violencia de los tiranos y la corrupcion de los hombres, debia recobrase por medio de la predicacion evangélica, escuela de verdadera libertad, freno para la tiranía de los jefes y la licencia de los sumidos, solucion del gran problema social, que consiste en lograr que cada uno se contente con su estado sin envidiar el de los otros.

Pero no se crea que en medio de su nueva vida habia olvidado á Margarita; hay pasiones que son indelebles.

No temia su desden, porque habia visto las lágrimas de la que habia dejado. Recordábala como el ser mas querido del mundo que habia dejado. Durante mucho tiempo no se arriesgó á verla.

El primer dia que habló de ella á Pusterla, quien con otros amigos iba algunas veces á verlo, su nombre, como si fuera de su boca mas de una vez, y por fin no lo propondrá sin que su rostro se encendiera. Pero el espíritu acabó por dominar la materia; y cuando Pusterla hablaba de su felicidad doméstica, se sentia inundado de un virtuoso trasporte.

IV.
EL ATENTADO.

—¡Alerta!
—¡Toma!
—¡Sigue!
—¡Suelta!

Estos gritos de los cazadores, los ladridos de los perros, el ruido de los cornetas, la llamada de los alcones, las herraduras de los caballos y el paso de los palafreros, el rebuzno de la cabalgadura del bufon Grillincervello, atraia á los milaneses para ver el cortejo numeroso que el señor Luchino llevaba á la caza por la puerta de Como. Los ciudadanos esclamaban: «¡Qué brillante partida de caza!» en tanto que los campesinos lamentaban la devastacion de sus campos.

Cuando se sale por la puerta de Como, despues de una marcha de diez millas, se encuentra entre Boisio y Luniate un palacio encantador que ha recibido por la belleza de su situacion el nombre de Montebello. Alzase sobre una colina, que, procedente por graderias superpuestas de lo mas alto de los Alpes, viene á perderse en la llanura lombarda. Desde allí se estiende la vista por la vasta campiña del Milanesado, sembrada de cabañas, aldeas, villas y ciudades populosas, en medio de las cuales yace la metrópoli de la Insubria, ostentando la maravillosa mole de su templo, monumento de la originalidad y del poder de los siglos de robusta fé; á la parte opuesta se admira un circulo de colinas, luego montañas soberbias que limitan el horizonte por el Levante y el Occidente. Las unas verdean con la viña y el trigo; las otras se cubren de árboles; algunas por fin se destacaban escuetas y peladas como la frente de un anciano.

mandado construir este edificio para que les sirviera de villa, y habian desplegado en ella una magnificencia igual á sus riquezas. Para embellecerla se habia consultado el arte del tiempo con el objeto de amenizarla cuanto era posible. Los jardines encerraban toda clase de hermosas y raras plantas; los collados estaban cubiertos de viñas, y el agua corria con profusion brotando de preciosos surtidores. Las habitaciones ofrecian todo género de comodidades sin que pudiera nada el palacio de su fuerza y solidez exterior. En los cuatro ángulos de la muralla que lo cercaba, se alzaban cuatro torres, capaces de hacer frente á uno de esos ataques imprevistos que en medio de las guerras civiles y de la flaqueza del gobierno podian venir ó de un pueblo amotinado, ó de una banda de malhechores, ó de barones rivales.

Allí se retiró Margarita, cuando Francisco, seducido por la falsa confianza que le mostraba Luchino, habia aceptado por desgracia suya la embajada despachada á Mastino de la Scala. Ni las observaciones de Buonvicino, ni las caricias de su mujer no habian podido apartarlo de recibir uno de esos encargos que vergonzosos bajo un gobierno vergonzoso, parecen un asentimiento dado á la opresion de la patria, ni inducirlo á una retirada honrosa, protesta muda y sin peligro contra los gobiernos tiránicos.

Apenas partió, Margarita se resolvió á salir de la ciudad para evitar con el reposo del campo el disgusto de ver el triunfo de los malvados, y para buscar allí ocasiones mas abundantes de hacer bien.

Ramengo de Casales interpretó, ó quiso interpretar, de otro modo esta retirada. Este adulator de Luchino, de quien ya hemos tenido ocasion de hablar, se presentó en casa de los Vis-

conti poco despues de la partida á Verona de Francesco Pusterla.

—Señor, le dijo, Mad. Margarita se ha retirado á Montebello. Indudablemente busca la soledad para inspirar á alguno el deseo de ir á verla y consolarla. ¿No la honraríais vos con una visita?

La mayor utilidad de los tiranos consiste en hacerse sugerir por los cortesanos los infucos proyectos que ellos mismos meditan, buscando así una excusa ante su propia conciencia. Disimulando sus sentimientos, Luchino aparentó no hacer caso de una sugestion que tanto concordaba con sus deseos; pero pocos dias despues ordenaba una cacería á los bosques de Limbiate.

Fácil es de concebir la turbacion que causó á Margarita el anuncio de la venida de Luchino. Vestida con esa elegancia sin afectacion que sienta tan bien en el campo, llena de gracia y majestad, recibió la corte del príncipe cuando vino á descansar en su palacio. Mandó disponer algunos refrescos para los señores y su acompañamiento. Cuando se hubieron todos servido en medio de la alegría y de las estrepitosas chanzonetas de Grillincervello, á las que Margarita oponía un silencio lleno de dignidad, Luchino pidió á la bella huésped que le permitiera admirar solo con ella la hermosa posicion del palacio y su situacion. Margarita consintió en ello, y de lo alto de las torres que dominaban la llanura mostró á Luchino el paisaje que animaba su acompañamiento. Este, formado en grupos, estaba admirando un cielo tan saludable y los risueños accidentes de la luz y de las tierras, que en aquella estacion daba nuevo brillo á todos los objetos. Pero la castellana llevaba de la mano á su Venturino; una dueña la acompañaba, y algunos criados, como para honrar al huésped, iban en pos de los. Luchino pudo escasamente dirigirle algunas galanterías, que ella oyó aparentando darles poca importancia, como si se tratara de cumplimientos insignificantes. Al partir Luchino, despues de elogiar el sitio y el partido que se habia sacado de él, murmuró al oido de Margarita: «Sería de desear, señora, que no se viera Vd. tan acompañada en una soledad.»

El temerario creyó haber hecho comprender sus deseos: y tanto mas confió, cuanto que le habia enamorado la benévola acogida de su hermosa prima. El pudor bien conocido de la noble dama, lejos de apartarlo de sus impúdicos designios, la escitó á perseverar en ellos, en virtud de esa inclinacion del alma humana que nos estimula á vencer los obstáculos. Ramengo y los demás cortesanos no cesaron de atizar el fuego, ensalzando hasta las nubes el mérito de aquella belleza y el gracioso recibimiento que habia hecho al príncipe. Solo el bufon se atrevió á dirigir algunos epigramas á su amo sobre el errado tiro, y yo no sé cuántas otras chanzonetas que haciendo reír á Luchino, aguijoneaban su amor propio, y lo estimulaban á satisfacer su pasion.

Esta primera tentativa era como el reconocimiento de una plaza enemiga que se quiere acometer. Aun no habian trascurrido muchos dias, cuando ya Luchino dispuso y volvió á Montebello con un corto número de sus confidentes. Esta nueva y desagradable visita no era inesperada. Margarita habia comprendido el páfido uso que queria hacer el príncipe de la familiaridad del parentesco, de la autoridad de su rango y del esplendor de sus riquezas. El peligro crecia, no para la virtud de Margarita, sino para el reposo que ella iba á perder peleando contra un atrevido, sin saber qué carácter tomaría al fin la persecucion de su pariente.

Un dia volvía Luchino á Milan, calculando los pasos que habia dado hacia el fin de sus deseos. Procuraba con la algazara y el estrépito de la marcha de su escolta hacer presumir un triunfo que todavía estaba en lontananza, y cuya hora queria anticipar inspirando la idea de que ya era cosa consumada. De repente le dice Grillincervello:

—Mira, mira, señor! aquel es ciertamente uno de tus deudos.

Y le señalaba con el dedo á un jóven que corria á rienda suelta, y que se lanzó por los campos apenas vió el cortejo del príncipe.

Era Alpinolo, que el lector recordará haber visto en el primer capítulo al lado de Pusterla; y como tendrá mucha parte en esta narracion, conviene decir de él algunas palabras. Considerábasele como á uno de esos desgraciados que en tiempos borrascosos y desordenados no conocian á sus padres, y que habia crecido como una planta en medio del desierto.

Ottorino Visconti, hermano de nuestra Margarita, habia logrado en 1329 el feudo de Castelleto sobre el Tesino, y la jurisdiccion del Novaris, dominio que despues se incorporó en los de los Visconti de Aragona, descendientes de esta familia. Para mostrar su gratitud al emperador Luis de Baviera, que le otorgó estos favores, lo acompañó hasta Pisa. A su vuelta de esta ciudad le ocurrió el detenerse, despues de haber atravesado el Po junto á Cremona, en una cabaña de la orilla, habitada por molineros que trasportaban en barcas sus molinos portátiles, donde suponian hallar buena corriente, recibiendo al paso algunos viajeros. Deseando Ottorino descansar un instante en este punto, pidió que un muchacho del molinero cuidara del caballo mientras comía un poco de yerba delante de la casa.

—No seré yo.

—Ni yo tampoco, respondieron los tímidos hijos del molinero. Y ambos huyeron volviéndose de vez en cuando para observar al ginete y al caballo, que les parecia una peligrosa maravilla. Pero uno, que por su estatura parecia de mas edad, aunque realmente solo tenia siete años, se acercó con resolucion y dijo:

—¿Quién tiene miedo?

Y lo cogió de la rienda, lo miró, lo acarició, y se entretuvo en darle yerba en la mano, en sentir su aliento en su rostro, orgulloso con poder dominar tan grande y noble animal. Luego, con un suspiro que no era de esperar de su corta edad, exclamó:

—¡Ojalá tuviera yo uno!

—¿Y qué harías tú con él? le preguntó Ottorino celebrando su ingenuidad.

—Correría con él por mar y por tierra, buscando á mi padre.

—¿No está aquí tu padre? le volvió á preguntar Ottorino.

—No, repuso el niño meneando la cabeza con sentimiento infantil. Me han llevado en la playa, me han traído á esta casa, y me han criado! ¡pero no tengo padres! no puedo decir como los otros: ¡querido padre!

—¿Y tu madre?

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas, y mientras las enjugaba con una mano, tendía la otra, diciendo:

—¡Allí está!

Y señalaba un montecillo coronado con una cruz, de la que pendía una corona de margaritas y claveles frescos.

Ottorino le preguntó conmovido:

—¿Querías venirte conmigo?

—¡Si consistiera en mí solo! Temo disgustar á esta buena familia... ¡Me quiere tanto... Pero mi padre no está aquí.

Con efecto estos molineros se habian enamorado de este niño. Cuando Visconti les rogó que se lo dieran, el hombre respondió:

—¡Oh! ¡S. S. es muy amable! Que parta: S. S. es demasiado amable.

Pero su mujer, la Nena, que habia odio hablar mucho de las desgracias del mundo, de los caprichos de los señores, carecia de resolucion, y le decia al niño:

—No hagas caso; quédate aquí. No te faltará un bocado de comer si trabajas, vivirás en paz y en el santo temor de Dios.

Por el contrario Maso (este era el nombre del molinero), hombre que habia andado por el mundo, es decir que habia ido por grano y á llevar barina hasta Cremona y Gasalmaggiore, y que creia conocer un poco á los hombres porque habia conocido algunos tratantes en granos, la interrumpió y dijo:

—¿Cómo! ¿querías tú privarlo de tan buena fortuna? ¿No lo ves? es un diablillo: buena salud, mucho valor, gran apetito: lo preciso es que sea todo un hombre. Déjalo ir con S. S., y verás adónde sube. El no ha nacido molinero, y no debe quedarse así.

La opinionon del marido prevaleció. La Nena, en el momento de despedirse de su hijo adoptivo, y al tiempo que le arreglaba los malos harapos que lo cubrian, en tanto que él brincaba de gozo, le dijo:

—Líbrate de todo peligro; huye de las malas compañías, de las mujeres y de las tabernas.

Consejos que todas las madres daban á sus hijos al despedirse de ellos.

Maso añadió:

—Respetá á su señoría, y haz fortuna.

En seguida Ottorino se llevó consigo al muchacho.

(Se continuará.)

UN RAPTO EN 1805.

(Continuacion.)

—Mi querida prima, le dijo Dupluyvier despues de haberla contado lo que el imprudente Girard acababa de confiarle, si yo estuviera en su lugar de Vd. no consentiría que una princesa de teatro ocupara mi carrete á.

—¿Y qué haría Vd.? preguntó esta secamente.

—Convidaría á comer al primito Dupluyvier; á las nueve mandaría poner el carruaje, y en su compañía iría á la sociedad del gran canciller Lacedpe, á la cual estamos invitados los dos. Las reuniones del canciller acaban muy tarde; de manera que á la una de la mañana, en lugar de rodar por los bosques, la carretela estaría muy tranquila en el zaguán de la cancelleria.

En vez de responder, la señora de Girard prorrumpió en llanto, y dirigiendo la vista al capitán:

—La carretela, dijo, que se lleve la carretela, ¿qué me importa... convidar á Vd. á comer? ¿ir á la tertulia del canciller? Vamos pues... quiero estar sola.

Tocó una campana con violencia, y una mujer de edad proyecta, que habia sido su nodriza, entró en su salón.

—Marcela, diga Vd. que no recibo á nadie... ¿me entiendes? añadió con una mirada muy significativa.

—Sí, hija mia, respondió Marcela con un signo de inteligencia. Y la nodriza salió.

El capitán, desconcertado, se retiró maldiciendo á las mujeres enamoradas de su marido, y dando á todos los diablos á la señorita Clotilde, á la carretela, y á su primo Girard.

La señora de este era una mujer de diez y ocho años, casada un año hacia, y que no hubiera pedido cosa mejor que amar á su marido. De mediana estatura, pero graciosa, los ojos y el cabello negros, la cara redonda, la nariz un poco remangada, el cutis blanco como la nieve; no era hermosa, pero sí muy bonita.

Huérfana dos años hacia, un tutor indiferente la habia casado con Mr. Girard; Hortensia no tenia mas que parientes lejanos, y su única guia, su único apoyo era su nodriza Marcela, mujer comun, de muy cortos alcances, que obedecia ciegamente á Hortensia, y que perfectamente instruida de los desórdenes de Mr. Girard, abrigaba en su pecho un odio profundo á este marido infiel.

—Escucha, Hortensia, decia á menudo á su hija, me parece que el castillo de Fremery es tuyo.

—Sin duda.

—Arreglemos nuestro equipaje, y vámonos á Fremery.

—¿Para qué?

—Para escribir al emperador que nos desembarace de tu marido; el capitán Dupluyvier será quien entregue la carta.

Hortensia se encogió de hombros. Aborrecia particularmente al capitán; no le gustaba su atrevimiento, y la irritaba el amor que le profesaba.

El emperador se disponia á la sazón para su campaña de 1806, y reunía en París las tropas que habian de marchar para Alemania. La ciudad rebotaba de oficiales que ignoraban todavía la ruta que habian de emprender, y de regimientos cuyo espíritu de cuerpo y mútuos celos ocasionaban frecuentes desafios. La caballería ligera miraba con mal ojo á la pesada y á los cuerpos de preferencia, y los regimientos de la guardia imperial eran objeto de envidia por parte de todo el ejército. Fremery, del cual hemos hablado, estaba situado en la provincia de Yonne, y formaba parte del distrito de Courçon. En los húsaes de la guardia habia un teniente que se llamaba Courçon, jóven perteneciente á una familia muy noble, que habia conocido la señora de Girard, y casi se habia criado con ella. Era muy rico, y una posesion que llevaba su nombre, y que le pertenecia, lindaba con la de Fremery; allí á las márgenes de un arroyo guarnecido de sauces, que separaba las dos propiedades, se habian visto, y habian sentido los dos una simpatía que debia crecer con los años.

Apenas hubo dado M. Girard á su mujer los primeros mo-

tivos de queja, cuando Alfredo de Courçon se presentó en casa de la esposa desolada. Venía á cobrar unas letras en casa de M. Girard, su banquero, y en ausencia del marido fué naturalmente introducido en el salón de su mujer.

Marcela habia sido arrendataria de M. Courçon, á quien sus mayores placeres hubiera sido el haberlos casado.

El capitán Dupluyvier encontraba algunas veces á Alfredo de Courçon en casa de su prima, y esto no le agradaba mucho, porque le diera celos un jóven de veinticinco años, á quien pertenecia á la caballería ligera, y él tenia el honor de ser capitán de un regimiento de línea, lo cual era bastante para que se trataran con mútua frialdad.

Cuando Hortensia vió entrar al amigo de su infancia, Alfredo de Courçon, su corazón se dilató, como á un vengador, sino como á un amigo á quien podría contar sus penas, y con quien podía llorarlas. Lo que sintió hacia el no fué amor, sino tierna amistad; por fin, encontraba un corazón pariente del suyo, que iba á compartir sus dolores y comprender las faltas de su marido.

Así pues, Alfredo fué su confidente, y participó de sus pesares. Era un muchacho honrado y franco, al cual, la casa paterna primero, y el campamento despues, habian librado de la corrupcion; pero era un húsar vivo, ardiente y poco pastoral. Por de pronto creyó que Mr. Girard merecía una correccion, y preguntó á Hortensia si le agradaría que la señorita Clotilde recibiera algunos latigazos que la levantarán cardenales en los hombros y los brazos, empresa de que él se encargaría, aunque se atrajera la animadversion de Mr. Remusat, superintendente de espectáculos.

Nada de esto era practicable.

Alfredo, que amaba con delirio á Hortensia, la proponía otra cosa; no la de engañar á su marido de esa manera, que consiste en ocultar unas relaciones culpables, sino en huir francamente, aconteciera lo que quisiera. Los dos eran ricos; él no solo poseía bastantes bienes en Francia, sino tambien en Inglaterra, donde un tío suyo, emigrado en 1789, le habia dejado muchas tierras, cuya renta, es verdad, recibía muy irregularmente á causa de la guerra que se hacían estas dos naciones. Convenia pues huir á Inglaterra y dejar á Mr. Girard y á la señorita Clotilde que se arreglaran como les pareciera. El era oficial, pero daría su dimision. ¿Qué le importaba su gloria, si el amor iba á hacerle feliz?

Marcela, confidente de estos proyectos, los aprobaba todos con toda su alma.

Hortensia se negó por de pronto; tenia quejas de su marido, y Alfredo le agradaba; pero una voz secreta se dejaba oír dentro de su pecho que la retenía; sin embargo, estimulada por su nodriza, irritada por las continuas relaciones de Dupluyvier, que no dejaba pasar la menor falta del marido sin ponerla en conocimiento de la mujer, y vencida además por el amor que comenzaba á sentir hacia un hombre bello y jóven, era imposible que resistiera mucho tiempo. Mr. Girard continuaba alejándose de ella cada vez mas abiertamente, y cuando Dupluyvier le veía que debia tomar su carretela para dar un paseo nocturno con la señorita Clotilde, su despecho fué tanto mas violento, cuanto fué mayor su esfuerso para ocultarlo.

Habia despedido con dureza al capitán, y habia dado en su presencia órden de no recibir á nadie; pero el sonido de su voz, un movimiento casi imperceptible de los párpados, habian bastado para que comprendiera la nodriza que Alfredo quedaba exceptuado de tan severa consigna, y aun que seria preciso ir á buscarlo si tardaba en venir: pero apenas Dupluyvier hubo salido, se presentó Mr. de Courçon.

Hortensia le salió al encuentro.

—¡Alfredo! le dijo con la violencia con que habia despedido á Dupluyvier, Alfredo, ¿está Vd. dispuesto á robarme?

M. de Courçon creyó ver el cielo abierto.

—¡Sí, estoy dispuesto á consagrar á Vd. mi vida, respondió Alfredo, á libertaros de ese hombre que la desprecia á Vd. y la ultraja! ¡siempre, Hortensia, siempre!

—Bien; pues ¡esta noche estoy á la disposicion de Vd. y la ultraja! ¡siempre, Hortensia? preguntó el jóven inclinándose y besando sus hermosas manos.

—A las once.

—Bien.

—¿Pero está Vd. dispuesto, Alfredo?

—Sí.

—¿Cómo, pues?

—Acabo de ver al coronel, general de los húsaes.

—¿Junot?

—Sí, Hortensia, Junot... el general me ha confiado una órden.

—¿En ese caso no está Vd. libre?

—Al contrario, Hortensia, se trata de llevar á Calais un pliego al prefecto marítimo... A Calais, Hortensia, á cuatro ó cinco leguas de las costas de Inglaterra.

—¿Y bien?

—Y bien, Hortensia, tengo una silla de posta, caballos, portante, todo lo necesario para viajar rápidamente sin que se me moleste... Debo partir á media noche. Mi silla tiene dos asientos: Vd. vendrá conmigo; una vez en Calais, entregue el pliego, envío mi dimision al ministro de la Guerra, un contrabandista nos recibe en su barca, y al cabo de tres ó cuatro horas de travesía estamos en Douvres.

—¡Bueno! Pues á las once estaré dispuesta, dijo Hortensia.

Las diez eran ya: el aire era apacible y un poco fresco, porque habia llovido durante el dia. M. Girard estaba en la cama, y su mujer en su cuarto de dormir, acompañada de Marcela. Su cuarto daba al patio de la casa donde se hallaban las cuerdas; la fuga estaba concertada; dentro de algunos minutos iba á aparecer M. de Courçon. Como Elena, la señora de Girard aguardaba á París; pero esta no habia pensado en llevarse ni sus joyas ni sus cachemires, entonces muy raros, y por consiguiente muy costosos; lejos de hacerse acompañar por los monos y las cotorras, que el pintor ha dado por compañeros á

«La culpable beldad, traidora á Menelao.»

Hortensia no pensaba ni aun en llevarse á Fox, su favorito favorito, que dormía en su nicho, soñando tal vez en las rosquillas que habia de comer á la mañana siguiente.

Sentada en un sillón, con la mejilla apoyada en la mano, la señora de Girard se hallaba sumida en profunda meditación. Su ojo erraba por la cámara nupcial que iba á abandonar, fijándose en los muebles que la adornaban.

Sus miradas cayeron sobre un globo de cristal colocado entre dos urnas de alabastro, que encerraba las flores de blanco mate del naranjo: aquella era su corona virginal; aquellas eran las flores que M. Girard había desprendido de su negra cabellera, en un año escaso había, en la primera noche de su matrimonio, en que se juraron ambos amor eterno y fidelidad recíproca. Indudablemente M. Girard era perjuro; ¿pero desde cuándo las faltas del marido autorizan las de la mujer? El divorcio era lícito, pero la ley que lo permitía le había puesto ciertas restricciones; había exigido cierto lapso de tiempo antes de autorizarlo, á fin de que el esposo tuviera tiempo para arrepentirse y cambiar de conducta, y la esposa tiempo para perdonar. Por otra parte, aquí no se trataba de divorcio, sino de un rapto, de una fuga.

Hortensia tenía talento: hizo estas reflexiones, y dijo á su nodriza:

—No, no, Marcela, me quedo; despidete á Alfredo; que venga mañana... mas tarde... veremos.

—¿Mañana? Todo está dispuesto... es preciso que él parta esta noche, porque ha de llevar los pliegos que le ha confiado su general.

Era demasiado tarde para despedir á M. de Courçon, que se hallaba ya á los pies de Hortensia tomándola las manos y procurando llevársela.

—No, no, decía esta, se lo suplico á Vd., Alfredo, no me pierda Vd.

Mr. de Courçon sabía que una mujer no toma la determinación de abandonar el lecho conyugal sin vacilaciones, y sin que le falte valor en el momento crítico para no conocer que necesita usar de un poco de violencia; y ya se preparaba á desatender las negativas de Hortensia, tanto mas, cuanto que era muy bien secundado por la nodriza, cuando oyó en el patio unos gritos desahogados.

—¡Hola, Pedro, hola!

Marcela abrió resueltamente la ventana.

—¿Es Vd., señora Marcela? ¿dónde está el bribon de Pedro? ¿Jamas está con sus caballos... Apuesto á que está haciendo la corte á las criadas de la casa inmediata.

Pedro llegó muy sofocado.

—¿Para qué necesita Vd. á Pedro? preguntó Marcela á este otro criado, á Comtois, camarero de Mr. Girard.

—¡Eh! Porque la ópera va á concluirse, y el señor quiere la carretela.

—¿La carretela descubierta?

—Sí, señora Marcela.

—¿La carretela de la señora?

—Sí, la carretela de la señora es justamente la que ha pedido el señor.

Durante esta conversacion, Pedro había sacado la carretela de la cochera, había enanchado dos caballos, y se había sentado en el pescante. Comtois se sentó con él, el portero abrió de par en par las puertas, y la carretela partió.

Marcela volvió á cerrar la ventana.

—¿Quieres todavía quedarte, Hortensia? le preguntó la nodriza.

Lo que acababa de pasar no era una novedad para la señora Girard. Duplúvier se lo había dicho todo; pero hay una enorme diferencia entre a: render una cosa en el estado de proyecto, que puede alterarse y aumentarse por el delator, ó ver esto mismo ejecutado ante su vista.

—Vamos, dijo Hortensia; Alfredo, partamos.

—¡Alabado sea Dios! dijo la nodriza levantando los ojos al cielo.

—¡Mi querida Hortensia! exclamó Mr. de Courçon cogiendo el brazo de la joven.

El perro dejó oír un ahullido ligero, la nodriza, nueva Enoe, que impelía al crimen á una mujer infiel, estrechó en sus brazos á su hija, y la señora de Girard, arrastrada por su seductor, salió de la cámara nupcial.

El portero medio dormido por las libaciones nocturnas, cerraba negligentemente la cuadra y la cochera: las dos hojas de la puerta cochera estaban todavía abiertas; el raptor y la esposa fugitiva salieron de casa sin ser vistos.

—¡Oh, cómo me palpitaba el corazón! me dijo la señora de Girard refiriéndose esta historia; Alfredo estaba casi tan conmovido como yo; en el patio dió un tropezón; poco le faltó para caerse y derribarme en tierra con él, lo cual era un augurio fatal.

La calle de Mont-Blanc desembocaba entonces, como hoy, en Saint-Lazare; pero las calles de Tivoli, de Londres, de Milán, de Berlín, no existían; la misma calle de Saint-Lazare no estaba concluida, y Tivoli era un jardín público que atraía á la gente con juegos, bailes y fuegos artificiales. La calle de Clichy, paralela al jardín, estaba apenas trazada.

Al extremo de la calle de Mont-Blanc había pues eriales en que crecían la ortiga y el cardo, y por aquí y por allí se levantaban cobertizos y tabernillas que han sido reemplazados por edificios regulares y elegantes. En uno de estos eriales, á trescientos pasos de la calle, había dejado su silla de postas Mr. de Courçon, que se proponía salir de París por la barrera de Clichy.

La luna que debía iluminar el paso de la señorita Clotilde en los bosques de Satory, derramaba igualmente sus rayos sobre la ciudad, y se veía casi tanto como si fuera de día. El húmido, hábil en fascinar á su víctima, ó para hablar con mas exactitud, su cómplice, se guardaba bien de decir nada del presente ó del porvenir, y dirigía su conversacion á lo pasado; pero Hortensia no le prestaba atención.

(Continuará.)

LAVENGRO.

I.

En 1840 apareció en Londres una obra intitulada Los Gitanos, ó estudios sobre los de España. Su autor M. Jorge Borrow era completamente desconocido; pero pronto llegó á adquirir

celebridad. Su libro, muy leído y muy buscado, debió su excelente acogida, no solo al verdadero interés del asunto, sino á la manera original y nueva con que lo había tratado: no era un libro formado con otros libros. La mayor parte había sido escrita, segun decia el prólogo, en circunstancias especiales, que generalmente no son las mas favorables para obras literarias, en muchos ratos durante un período de cinco años que pasó en España, y las mas veces en las ventas y posadas, robando el tiempo á trabajos muy importantes. Quanto Borrow escribía ó contaba, lo había visto con sus propios ojos y oído por sí mismo; el fondo de aquella extraña monografía era casi siempre verdadero, si bien la forma lo presentaba algunas veces inverosímil. No podía dudarse que había vivido el autor en intimidad con los gitanos, con los ladrones, con esos parias de las sociedades modernas, de los cuales escribía la historia: todos sus retratos estaban hechos al natural.

Fué tan grande el éxito de los Gitanos, que dejó asombrado al mismo M. Jorge Borrow, como lo confesó despues. Tradujéronse al francés y al ruso; se reimprimieron en América, y hubo muy pronto que publicar una segunda edicion en Inglaterra. En medio de su sorpresa y satisfaccion oyó Jorge Borrow resonar una voz interior que le decia: «Borrow, no creas cuanto oyes en derredor tuyo: no te figures que has hecho una cosa extraordinaria; gran parte de tu libro carece de valor real; pero se hallan ciertas cosas que revelan tu capacidad para hacer otras mejores. Manos á la obra; procura hacer otro trabajo menos imperfecto que el primero.»

Mr. Jorge Borrow respondió que estaba muy agradecido al consejo, y empezó la Biblia en España, es decir, la narracion de sus impresiones y de sus aventuras durante los cinco años que había estado en nuestro país con el fin de hacer imprimir y de extender por él las santas escrituras segun los protestantes. Trascurrieron dos años sin que concluyera su obra, hasta que la publicó en 1841.

El éxito de The Bible in Spain fué mayor que el de los Gitanos. Varias revistas literarias hicieron á porfia su elogio. Algunos críticos compararon esta obra con el Gil Blas. El Espectador dijo que era un Gil Blas á la aguada. Cuando leyó esta frase Mr. Jorge Borrow se echó á reír, y exclamó: ¡Kosko penesepal! (Bien dicho, compañero!) «Esto, añadió, me causa mas satisfaccion que todo lo demás.»

Las dos obras publicadas con dos años de intervalo, llamaron la atencion del público hacia el autor de los Gitanos y la Biblia en España. Cada cual se presentaba quién podría ser ese escritor que por dos veces había sabido mostrarse tan original y tan nuevo. Nadie pudo penetrar en los misterios de su vida, ni supo los medios de que se valió para reunir tal copia de materiales. Por esto la emocion causada en el mundo literario al anunciarse un nuevo trabajo de mister Jorge Borrow despues de ocho años de obstinado silencio, fué mas viva en atencion á que la nueva obra prometía ser una autobiografía. Se esperaba pues descubrir en ella toda la verdad.

Sin embargo, no se vio completamente realizada esta esperanza, ni satisfeco tan vivo deseo. —Lavengro el letrado, el gitano y el sacerdote. —Lavengro, the Scholar, the Gipsy, the Priest, tal es el título sibilino del nuevo libro de Mr. Jorge Borrow, que por espacio de dos años enteros ha sabido mantener la curiosidad general, haciéndose anunciar en todos los periódicos como just ready, próximo á ver la luz pública. —Lavengro es una autobiografía, pero autobiografía incompleta. Solo revela parte de la vida de su autor; y si bien no es novela propiamente dicha, tampoco es una historia verdadera. Tiene parte de realidad y parte de fantasia; por eso dice en su prólogo: «He procurado describir un sueño, mitad producto de estudio y mitad resultado de aventuras, donde se hallarán numerosas noticias de libros, de costumbres y lances de la vida, muchas de las cuales tienen un carácter extraordinario.»

El letrado, el gitano y el sacerdote no son como pudiera creerse, un solo personaje; son los tres actores principales de la fantasia ó drama, como lo llama Jorge Borrow. El letrado ó Lavengro, maestro de lenguas, es el mismo autor que se cree habrá nacido el año 1806 en East Durham. Su padre era capitán instructor en el regimiento del conde de...; era un hidalguillo del condado de Cornuaille, y su madre descendía de una de las familias protestantes que la revolucion del edicto de Nantes había obligado á refugiarse en Inglaterra. Tuvo un hermano que nació tres años antes que él, habiendo sufrido su dolorosa pérdida en toda la flor de su juventud. Era Lavengro de niño tan sumamente torpe para aprender, que, segun dice él mismo, invirtió algunos años en conocer completamente el alfabeto. No le gustaba la sociedad ni el trato con nadie, y generalmente echaba á llorar cuando le dirigian por segunda vez la palabra.

Solo una persona juzgó favorablemente á Lavengro en su infancia. Cierta dia llegó un mercader judío á la casa donde vivian sus padres. Hallábase él jugando en el corral con un mono y un perro, y se distraía además en trazar con sus dedos en el polvo figuras caprichosas. Pasó por su lado el judío, le miró con atencion, y le dirigió varias preguntas, á las cuales no contestó.

—¿De quién es este niño?—preguntó el judío á la criada que había salido á abrir la puerta.

—Es el niño segundo de mi ama; le falta esto,—añadió llevando la mano á su frente.

El judío miró por segunda vez al niño que continuaba jugando sin advertir aquel exámen; despues añadió: «A fe mia que debe Vd. engañarse. No acostumbro á dirigir la palabra á los niños, porque los aborrezco; pero desde que he reparado en este, me he sentido casi obligado á hablarle. El silencio que ha guardado es una prueba de su buen sentido, porque las personas verdaderamente sensatas no pierden sus palabras en vanos discursos y en conversaciones indiferentes. Además, ¿no ha visto Vd. brillar sus ojos lo mismo que mis diamantes cuando el mono ha cogido al perro por la oreja? Entre paréntesis: ¿querria su ama de Vd. comprarme diamantes finos ó falsos? Si Vd. no me hubiera dicho que faltaba á este niño el sentido, habría afirmado que es el hijo de un profeta. ¡Qué digo! Ya sabe escribir; ahora apostaria la caja que llevo á la espalda, que no la doy por doscientas libras esterlinas.»

Desde aquel momento empezó la madre de Lavengro á confiar, sin saber la causa, en que no seria un idiota su hijo.

El regimiento de su padre cambiaba frecuentemente de guarnicion, y como no era familia rica, tenían que seguirle á

todas partes su mujer y sus hijos. Cierta tarde en un campamento situado en Pett, condado de Sussex, estaba jugando Lavengro con su hermano en medio de un camino lleno de arena. «De repente, dice él, parte un objeto amarillo de entre las matas mas espesas de un lado del camino, y penetra en el ribazo de enfrente, dejando un rastro de luz dorada. ¡Qué hermoso y brillante me pareció aquello á mis ojos infantiles! Dando un grito de alegría me lanzo sobre el objeto y lo cojo por en medio. Esperimenté una sensacion extraordinaria de entorpecimiento y de frio, lo cual me sorprendió mas por cuanto el objeto despedía mucha luz y calor. No me opuso la menor resistencia, ni advertí que hiciera el menor esfuerzo para escaparse; pero en aquel momento mi hermano empezó á dar voces diciendo: ¡Madre mia! ¡Madre mia! ¡mi hermano ha cogido una víbora! Entonces quiso arrancármela; la víbora empezó á dar silbidos agudos, y enderezando su cabeza, donde brillaban dos ojos como carbones encendidos, hizo ademán de amenazar á mi hermano. Yo la solté, porque advertí que venia á mi madre hacia nosotros, y el reptil despues de haber estado por un rato silbando con furia, desapareció.» Este episodio de su infancia, el primero de que conservó recuerdos, pues tenía á la sazón tres años, no hubiera merecido ser contado, á no haber ejercido las víboras una influencia inmensa, como se verá mas adelante, no ya en su juventud, sino en toda su vida.

Habiendo regalado una amiga de su madre un Robinson Crusó con láminas, fué tanto lo que le chocaron algunos de sus grabados, que á pesar de no haber tenido hasta entonces afición á la lectura ni el menor deseo de instruirse, desde aquel momento, segun él dice, marchó con paso rápido por el camino de la ciencia. «No había oido pronunciar, añade, el título del libro que aquella señora me había llevado. Así que se marchó y me quedé solo, permanecí un rato inmóvil sin atreverme á levantar los ojos del suelo; en fin, con una mezcla de curiosidad, de respeto y de placer, me acerqué á la mesa donde estaba el paquete con los libros.»

Tres libros encerraba el paquete: los dos primeros que abrió le parecieron poco interesantes; el tercero era el Robinson. «Cuando le abrí, dice, esperimenté una sensacion de placer indefinible. El primer objeto sobre que fijé mi vista fué un grabado: estaba perfectamente hecho: al menos me causó viva impresion la escena que representaba, lo cual no se habría verificado si el artista hubiera reproducido inexactamente la naturaleza: representaba el mar sereno y una costa escarpada de montañas en cuyo centro se destacaba por encima la luna. No lejos de la playa se mecía sobre las olas un barquichuelo en el cual iban dos hombres: el uno apuntaba con la escopeta á un animal feroz que se movía dentro del agua; brillaba el fuego á la estremidad del cañon, y el monstruo parecia estar herido por la descarga. Me quedé pensativo contemplando la lámina, y naturalmente sentí deseos de saber la historia de aquellos hombres y los motivos que tenían para permanecer en semejante posicion.»

Así trascurrieron dias y meses sin tener mas distraccion que su libro favorito, hasta que lentamente llegó á despertarse su razon. Esto pasaba en su pueblo natal, adonde Lavengro había regresado con su familia. Poco despues salió de East Durham, porque su padre fué de guarnicion á Norman-Cross (cruz normanda). Era en el verano y hacia un tiempo magnífico. Abandonado Lavengro á sí mismo, recorria desde por la mañana hasta el anochecer todo el campo inmediato, terreno llano algo pantanoso, casi cubierto de praderas y muy poco habitado. No tardó mucho tiempo en explorar y conocer aquellos contornos.

Entre los muchos sitios que frecuentaba dando sus largos paseos, tenía uno favorito, mas lejano que los otros, cercado de bosques solitarios, y habitado únicamente por algunos criados ancianos del dueño de la posesion. No podría hallarse un sitio mas aislado ni mas inculto, por cuyos motivos le gustaba extraordinariamente recorrer aquel jardín silvestre, contemplar su frondosa vegetacion, y leer su libro consabido á la sombra de algun árbol secular. Como dirigía á menudo sus paseos hacia aquella propiedad, había encontrado Lavengro varias veces á un hombre de edad mas que madura, de talla elevada, vestido de un modo estravagante, y siempre con un zurrón á la espalda.

Los modales de aquel personaje extraordinario eran tan escéntricos como su traje. Parecia que encontraba gran placer en observar atentamente los ribazos ó las paredes mas espuestas al sol, y de rebuscar con afán por entre las malezas mas espesas. «Cierta dia, dice Lavengro, le encontré parado delante de un camino cubierto de polvo, observando un largo rastro que le atravesaba, y que á mí me había parecido haber sido hecho con un palo.—¡Qué grande debe ser! se decia á sí mismo, porque si no, no habría dejado esta huella á su paso; ya estará lejos de aquí; parece que se ha dirigido por aquel lado;» y pronunciando estas palabras, atravesó por en medio de las matas que había á la derecha del camino, inclinándose hacia el suelo en ademán de buscar alguna cosa. Al fin exclamó: «¡Aquí está!» Y se arrojó sobre las malezas. Entonces se oyó una especie de lucha; el rozamiento particular de los arbustos cubiertos de hojas y el chasquido de las ramas secas que se tronchan. Por fin el hombre exclamó: «¡Ya la tengo! ¡Ya has caído!» al mismo tiempo saltó al camino con una enorme víbora en la mano.

—¿Qué juicio hace Vd. de esto, pobre muchacho? me dijo como me adelantase hacia él. ¿Qué le parece á Vd. la captura de semejante animal con la mano desnuda?

—Lo que pienso es que haria yo otro tanto.

—¿De veras, replicó, haria Vd. lo mismo? Dios mio, ¿es posible siendo tan presumidos los jóvenes del dia? No sucedia eso en mi tiempo; pero ahora estan llenos de vanidad y de espuma como la boca de esta víbora. Diciendo estas palabras, hizo soltar á la víbora con los dedos pulgar é índice una gran cantidad de espumarajo. Abrió su zurrón, y echó el reptil que acababa de coger.

Yo atravesé el camino y me marché. Por la tarde á mi regreso volví á hallar al viejo en la misma direccion que yo llevaba.

—Buenas tardes, caballero, le dije quitándome la gorra.

—Buenas tardes, me respondió el viejo; y mirándome con atencion añadió:

—¿Qué quiere decir eso? A fé mia que no es Vd. el joven que he encontrado esta mañana...

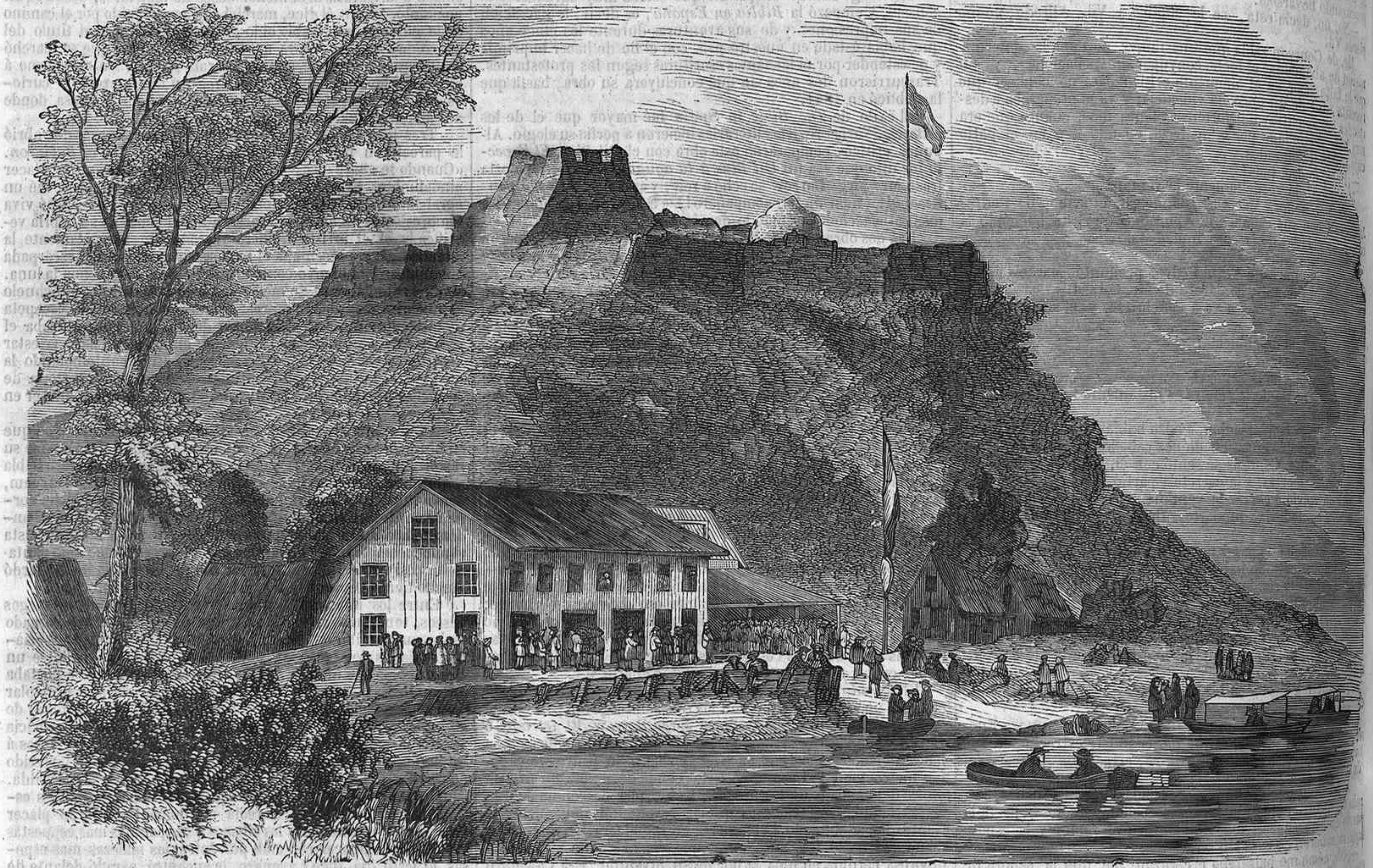
—Sí soy, respondí. ¿Por qué duda Vd.?

—Porque tenía Vd. mucha presuncion, y esta tarde viene á saludarme.

—Perdone Vd. si he faltado sin pensar.
 El perdon tan modestamente pedido fué acordado al punto trabándose entre los dos una larga conversacion. Antes de llegar á Norman-Cross ya se habian prometido volver á verse. El viejo reveló al muchacho su misteriosa profesion, le contó los principales episodios de sus cazas numerosas, le dió á conocer el arte de domesticar las víboras, y le dijo que los ungüentos preparados con su grasa curaban muchas enfermedades, especialmente los reumatismos.
 Ordinariamente solia llevar consigo una víbora domesticada que la habia puesto en estado de no causar el menor daño, y la cual, á su órden, ejecutaba cierto número de ejercicios variados. Acompañábale el jóven á la mayor parte de sus escursiones, y á veces le ayudaba á apoderarse de los reptiles que descubrian. Un dia le dijo el viejo cazador suspirando:
 —Voy á tener que dejar mi profesion: me he vuelto algo tímido, y en este oficio es indispensable la serenidad. Hace algunos años que he cobrado un terror espantoso.
 —¿Qué le ha producido á Vd. ese terror? preguntó Lavengro.
 —Mas vale que no te lo diga, dijo el cazador, porque si te lo cuento, puede infundirte miedo, impidiéndote que sigas este oficio.
 —¿Qué importa? No tengo intencion de seguirle; pienso ser militar como mi padre.

«piente disforme; ó mejor á una víbora terrible, porque era amarillenta y dorada, que se dirigia hácia mí sobresaliendo la cabeza pié y medio del suelo: el rastrojo seco cruja bajo su pesado vientre. Distaba unas cinco toesas del sitio en que me hallaba cuando la ví por primera vez; parecia que queria devorarme. Me quedé inmóvil y asustado mientras ella avanzaba hácia mí; ya estaba casi á mi lado, cuando retrocede de repente, ¿y qué pensarás que hizo? Dirigió su cabeza en el aire por encima de la mia sacando la lengua como si hubiera querido plantármela en la cara. No puedo explicarte lo que sentí en aquel momento; fué un castigo suficiente de cuantos pecados hasta entonces hubiera cometido. Permanecimos en aquella posicion por espacio de algunos instantes; yo levantando los ojos hácia la víbora, y ella echándome sus atarradoras miradas y amenazándome con la lengua. Solo debí mi salvacion á la bondad de Dios. Oyóse á corta distancia el tiro de un cazador, y á semejante ruido bajó su cabeza la víbora, y empezó á deslizarse á lo largo de la colina en direccion del mar. Cuando pasó cerca de mí (y estuvo demasiado cerca) vacilé un poco como si no hubiera sabido qué partido tomar; pero en vez de acometerme se marchó. Despues he pensado varias veces que aquel soberano temible de su especie habria ido á atemorizarme porque me tomaba la libertad de acabar con sus súbditos.»
 —¿Pero en qué conoció Vd. que era el rey de las víboras? preguntó Lavengro.
 —¿En qué? ¿Podia ser otra cosa? Hay tanta diferencia

hombre tenia paja en la mano y la mujer frotaba una cosa con polvos blancos de que estaba medio lleno un plato colocado en el suelo junto á ella. Apenas habia tenido tiempo Lavengro para contemplar cuadro tan singular, cuando volvió el hombre se levantó bruscamente; lo mismo hizo la mujer en seguida, y se precipitaron ambos fuera de la tienda.
 «Yo retrocedí, dice Lavengro; pero sin volver la espalda para huir; sin embargo no me consideraba completamente seguro, porque el aspecto de aquella gente era naturalmente para inspirar algun temor. La mujer alta y robusta representaba unos treinta y cinco años de edad; llevaba la cabeza descubierta, y sus largos cabellos caian en desórden hasta cerca de su pecho; su cutis negro y quemado parecia la piel de un sapo; su fisonomia tenia una expresion particular de maldad; sus brazos estaban desnudos, y su garganta á medio cubrir por un ligero justillo, encima del cual llevaba un zagalejo de gruesa lana, que constituia únicamente su traje.
 «El hombre era de menos edad, pero ofrecia un aspecto tan repugnante: no guardaba proporcion el cuerpo con sus brazos; su cuello estaba inclinado hácia adelante; era bizzo, tenía la boca torcida: su cutis de color oscuro, se diferenciaba del de la mujer mas bien por lo lívido, y lucia en su mejilla una cicatriz profunda parecida en su forma y gruesura á un medio penñi.
 «Su traje estaba en armonia con su persona: una pluma



Nicaragua: Castillo.

—Pues bien, dijo el viejo. Has de saber que ví un dia al rey de las víboras.
 —¿Al rey de las víboras! exclamó Lavengro interrumpiéndole. Pues qué, ¿las víboras tienen rey?
 Claro está; así como nosotros tenemos al rey Jorge para gobernarlos: pero escucha.
 Y le hizo la siguiente narracion.
 II.
 «Hace siete años, dijo el viejo cazador de víboras á Lavengro, ejercia mi oficio en los condados del Oeste á doscientas millas de aquí. Un dia que hacia mucho calor y que me sentia en extremo cansado de una larga caza, me eché á cosa de las tres de la tarde en un campo recién segado en lo mas alto de una colina desde donde descubria el mar; la brisa mas refrigerante atemperaba el rigor del sol. Habia dejado á cierta distancia mi zurrón casi lleno de los productos de mi caza. Escuchando los esfuerzos de las víboras que hacian por escaparse, me quedé poco á poco profundamente dormido. Al cabo de un rato que dormia sentí un ruido extraño, que interrumpido por algunos momentos volvía á sonar con mayor fuerza. Desperté, y con gran asombro: el ruido que habia sentido durante mi sueño pareció acercarse hácia mí por el rastrojo de la tierra en que estaba echado; le escuché con viva atencion durante algunos segundos, y me causó un terror pánico porque era muy extraordinario. Levanté la cabeza y ví... á una ser-

entre él y los otros reptiles como entre el rey Jorge y los demás ingleses.
 —Pues qué, ¿es tan distinto el rey Jorge de sus súbditos?
 —No le he visto nunca; pero he oído decir que es diez veces mayor que el mas grande de los ingleses; si fuera igual á ellos, ¿cómo habian de tener tantos deseos de verle?
 Algunos dias despues se marchó á otro punto el viejo cazador de víboras. Cuando se despidió de su jóven discípulo le dió en memoria de su intimidad una víbora que habia domesticado y á la cual habia arrancado los dientes. Lavengro cobró tal aficion al reptil, que ordinariamente lo llevaba consigo á todos sus paseos. Cierta dia, habiéndose alejado mas de lo que tenia por costumbre, vió delante de sí un camino que no conocia. Era estrecho y se prolongaba tomando algunas vueltas, cercado de árboles por ambos extremos, que le daban un frescor agradable; espesa yerba cubria el suelo de las orillas, porque el centro estaba surcado por rodadas de carruajes. Lavengro se alegró haber hecho aquel descubrimiento, y con el deseo de explorar la nueva senda continuó por ella. Al poco rato vió una especie de tienda baja de donde salia una ligera columna de humo. Hallábase al lado de dos carritos descargados y dos ó tres caballos flacos que pacian en la yerba. Asombrado Lavengro de encontrar aquel campamento en un sitio tan solitario, se adelantó sin hacer ruido casi hasta la entrada de la tienda, por cuyo interior echó una mirada llena de curiosidad. Encima de una buena lumbre habia colgado un caldero á cuyos dos extremos estaban sentados un hombre y una mujer activamente ocupados. El

de pavo real adornaba la parte superior del sombrero terminado en punta; sobre su chaleco de piel no curtida y lleno de pelo llevaba un sayo pajizo; calzones de cuero que habian pertenecido ya á algun soldado, pero que despues de muchos años no se habian limpiado, cubrian sus piernas hasta las rodillas, adonde llegaban las medias de algodón azul: en fin, tenían sus zapatos por adorno grandes hebillas, segun la moda del otro siglo.
 «Tales eran las dos personas que se precipitaron sobre mí, blandiendo el hombre su enorme cucharon.
 —¿Al cabo le atrapo á Vd. aquí! exclamó. Yo diré á este jóven bandido que se introduzca furtivamente en mi propiedad.
 —¿Su propiedad? le respondí. Estoy en el camino del rey; ¿para qué se han colocado Vds. allí si no querian que les viese? ¿Qué significa todo eso? ¿Es porque les he visto bajar?...
 —¿El qué? ¿El qué? preguntó la mujer con inquietud.
 —¿Qué sé yo! ¿Quién sabe si fabrican moneda falsa?
 «En aquella época efectivamente circulaba por Norman-Cross gran número de monedas falsas, que se suponian hechas por los prisioneros franceses, y yo frecuentemente habia oído hablar de la moneda falsa.
 —Voy á estrangularte con mis manos, exclamó la furia infernal arrojándose sobre mí con rabia; ¿dices moneda falsa?
 —Déjame obrar á mí, repuso el hombre; ya verás cómo te hago tomar las ja villadiego.

DIRECTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Establecimiento Tipográfico de LAS NOVEDADES y de LA ILUSTRACION, calle del Barco, núm. 2